



I

La diligencia iba que volaba. Sin embargo, me parecía lenta y pesada como una tortuga. Ya no me causaba repugnancia el hedor de los cueros engrasados, ni me ahogaba el polvo, ni me arrancaban una sola queja los tumbos del incómodo y ruidoso vehículo. Hubiera yo querido duplicar el tiro, emborrachar á los cocheros y hostigar á las bestias, á fin de recorrer en pocos minutos las tres leguas que faltaban para llegar á Villaverde. Aniquilado por la impaciencia, me arrinconé en el asiento, delante de la anciana y junto al ganadero; recogí la indomable cortina y me puse á contemplar el paisaje, aquellos campos fértiles y ricos, aquellas montañas cubiertas de abetos, visitos diez años antes, á través de las lágrimas, una fría mañana del mes de Enero á los fulgores purpúreos del sol naciente.

Nada había variado: las arboledas, más copadas, conservaban la misma disposición, el mismo aspecto; el caserío de la hacienda próxima volvía ante mis ojos igual, idéntico, como una estampa admirada en la niñez, y que el mejor día, cuando menos lo esperamos, viene á recordarnos épocas dichosas. Blancas las paredes del lado del Poniente; las orientales, pardas, ennegrecidas por los vientos salobres de la Costa. Las enredaderas, que trepaban por la torrecilla hasta prender sus tallos en la cruz de hierro, hacían gala de sus festones floridos, y en las cornisas, en los tejados, en los árboles, friolentas palomas, pichones tornasolados, esperaban la noche para recogerse al amoroso nido.

El triste Octubre prodigaba en laderas y rastrojos amarillas flores, y al soplo del viento que pasaba susurrando, los fresnos se estremecían y dejaban caer las muertas hojas.

En el ancho camino el rechinar lejano de una carreta vacía, y orilladas á un vallado de piedras, paso á paso, vuelto el arado, doblegadas al yugo y seguidas de los gañanes, media docena de yuntas que volvían de los barbechos. En el real solitario, junto al estanque de aguas turbias, una parvada de ocas; los techos pajizos envueltos en

la gasa del humo vespertino; detrás, la casa de la hacienda, vetusta en parte, con aires de arruinada fortaleza, en parte sonriente y alegre, restaurada, rejuvenecida al gusto europeo, dejando adivinar en las vidrieras luminosas y en las verdes persianas un interior elegante y rico.

Fondo de aquel hermoso cuadro, graciosa cordillera, valles conocidos y amados, un cielo límpido y puro, por el cual ascendía la creciente luna semivelada en un celaje.

—¿De quién es esta hacienda?—pregunté.

Hicelo, acaso, con el pensamiento, porque nadie me respondió. La anciana dormitaba; el ganadero doblaba cuidadosamente, por la milésima vez, su valioso zarape multicolor.

—¿Cómo se llama esta finca? ¿De quién es?—repetí.

—Santa Clara... Es de un tal Fernández... —murmuró el campesino, exclamando en seguida, sin dejar el jorongo:—¡Buena boyada! ¡Hartos pesos! Alzan aquí unas cosechas, amigo, unas cosechas... que... ¡vaya!

Seguí entregado á la contemplación del paisaje.

Para mí se hacía transparente, como para dejarme ver entre sombras una casa humilde y modesta, la casa paterna, donde me aguardaban

mis tías, dos hermanas de mi madre, dos ancianas amables y cariñosas.

Único amparo del niño desdichado que no tuvo la buena suerte de conocer á sus padres, ellas le recogieron, le criaron, y á costa de no pocos sacrificios le proporcionaban educación. El que salió chiquillo volvía hecho un mancebo; venía crecido y guapo; negro bozo le sombreaba los labios; no había malogrado tantos afanes, y en él cifraban las buenas señoras toda su dicha.

Ya estarían disponiéndose para ir á recibirle; ya le tendrían lista la alcoba y la merienda. ¡Ah! sí, todo quedaría dispuesto y bien arreglado. La recamarita, aquella que daba al patio, muy aseada y cuca, con su cama albéando, con su aguamanil provisto de todo. Y allí estaría, sin duda, el retrato del abuelo, muy estirado, de gran uniforme, el pecho cuajado de cruces. . . . ¡El abuelito! Un general del antiguo ejército, honor y gloria de la familia; santanista feroz que peleó en Tampico y en Veracruz, que se batió como un héroe en Churubusco; y que siguió á S. A. S. á las Antillas, de donde volvió desengañado, viejo, enfermo, y pobre.

Habrían colocado también, á la cabecera, el cuadrito de San Luis Gonzaga, que no quise lle-

varme, á pesar de las súplicas de mi tía Carmen. Ella me le regaló el día que hice mi primera comunión. Piadoso obsequio, dulce recuerdo de aquel Viernes de Dolores venturoso y feliz en que mi alma tenía la pureza de las azucenas; en que los cielos y la tierra me sonreían, cuando en el templo alfombrado de amapolas, entre el humo de los incensarios, á los acordes solemnes del órgano, delante de un altar resplandeciente, me acerqué trémulo, anonadado, á recibir el Pan Eucarístico.

Me parece que veo al sacerdote, venerable anciano de aspecto dulcísimo como san Vicente de Paul, que, seguido de los acólitos que vestían mantos nuevos y sobrepellices limpias, descendía, trayendo en la una mano áureo copón, y en la otra la Forma Inmaculada.

De un lado las niñas, cubiertas con velos vaporosos, ceñida la cien de rosas blancas; del opuesto nosotros, los varoncitos, de gala, ornado el brazo con un moño de moaré flecado de oro. Y luego, la salida del templo, después de dar gracias. ¡Ah! ¡Qué alegremente que repicaban las campanas! ¡Cómo olían los aires á primavera! Venían las brisas cargadas de azahar, y esparcían por la ciudad no sólo el aroma de los

naranjales, sino los mil olores de los huertos y de los bosques cercanos; los aromas embriagantes de las amapolas, de los acónitos y de los *ji-nicuales* florecidos, como si la naturaleza despilfarrara todos sus perfumes en obsequio de los niños que volvían á sus hogares. Y allí, ¡qué fiesta tan hermosa! ¡Qué desayuno aquel! ¡El comedor que parecía un jardín! Sobre blanco mantel las garrafas llenas de leche fresca; en fuentes que sólo salían cuando repicaban recio, pasteles, tortas, hojaldres, las bizcotelas del convento de las Teresitas, suaves, esponjadas, porosas, llovidas de azúcar como nieve; vasos y copas que de limpios parecían diamantes. En grandes jarrones de porcelana española,—los viejos jarrones de la familia,—frescos ramilletes de rosas, lirios y azucenas; y por todas partes, regados aquí y allá, pétalos rosados, amarillos, blancos, purpúreos; y apiladas en torno de mi taza, las místicas y caducas balsaminas,—*los chinos de castor*,—que de ordinario engalanaban la humilde lamparilla de la Dolorosa, lucían ahora en aquel banquete religioso su nivea veste manchada de carmín.

En la vasera, convertida en altar, entre dos candelabros con las velas encendidas, el cuadro de San Luis Gonzaga, el santo angelical, ofre-

ciendo de rodillas, ante la Reina de los Cielos, lisada corona, la vida y el alma. Enfrente el retrato del abuelito, el abuelo que muy grave y serio te parecía desarrugar el adusto ceño para sonreír á su nieto.

Al concluir el alegre desayuno, cuando me levantaba yo ahito de pasteles, mi tía Pepa, entre afable y severa, me detuvo diciendo:

—Te falta una cosa, Rodolfo. . . .

—¿Qué cosa, tía?

—Dar gracias, Rorró!. . . .

Me hicieron rezar el Padre nuestro, el Ave maria, la oración de San Luisito, y un requiem, y otro, y otro más, por el abuelito, por la abuelita y por mis padres.

¡Cómo me entristecieron las fúnebres preces! ¡Pasó por mi alma no sé qué, algo como una sombra de fugitivo dolor!

El carruaje iba á todo correr por el ancho camino. La noche venía, y el caserío se perdía en las tinieblas. Al fin de la dehesa, al otro lado del riachuelo, detrás de una hilera de sauces babilónicos, blanqueaba el templo, cuyas campanas convocaban á la oración.

En las vertientes, en los repliegues de las mon-

tañas, en las espesuras del valle, fulguraban las hogueras. La noche obscurecía los matorrales cercanos; llegaban hasta nosotros el mugir de las reses y el *tomear* de los vaqueros; un ejército alado cruzaba los espacios rauda y vibrante, y en el cielo sin nubes brillaba la triste luna con apacible claridad.

Desde lo alto de la cuesta descubrimos la ciudad. Silenciosa y lánguida, se me antojó rendida de cansancio. A la pálida luz del astro nocturno columbré los principales edificios: el convento de los franciscanos, pesado y sombrío; la iglesia del Cristo con su arrogante cúpula; la Parroquia; la Casa Municipal, y á la derecha, en el montecillo, en una loma, siempre tapizada de mullido césped, la capilla de San Antonio, donde las muchachas solteras y sin galán iban á rezar y á decir aque-
llo de

Bendito San Antonio,
tres cosas te pido:
salvación, y dinero,
y un buen marido;

y donde los chicos de la Escuela del Cura y los de la Escuela Nacional reñían tremendas batallas.

Allí, en la sabanita, á espaldas del santuario, eran las carreras de caballos el día de San Juan

Poco tiempo, pocas horas, y de mañanita iría yo con algunos amigos de la infancia á recorrer aquellos sitios. Subiríamos al campanario para mirar desde allí el magnífico panorama de Villaverde, tan hermoso, tan bello para mí, que otros, tal vez mejores, no me le hicieran olvidar.

La diligencia se detuvo en la garita. Los guardas salieron á cobrar no sé qué gabela de seguridad pública, con lo cual no había contado el pobre estudiante escaso de dineros. ¿Qué hacer? ¿Le detendrían si no pagaba? Lleno de angustia registré mis bolsillos. . . . ¡Nada! El ganadero comprendió lo que me pasaba, y desprendido, francote como era, veracruzano al fin, pagó por la anciana y por mí, antes de que dijésemos una palabra. Diciendo pestes del recaudador, que le oía sereno é inmutable, y echando ternos contra el Gobierno, que cobraba semejantes impuestos sin mantener en los caminos ni un soldado, volvió á su asiento y á su zarape multicolor.

Allí el vehiculo comenzó á dar tumbos y más tumbos. Las calles de Villaverde estaban peores que la carretera. Fui reconociendo las casas y sitios de aquel barrio perdidos en mi memoria. Tenduchas solitarias, alumbradas por un farolillo; casucas de madera deshabitadas y misera-

bles; expendios de bebidas y comestibles, donde grupos de obreros y campesinos charlaban y fumaban frente á un vaso de toronjil ó de naranja amarga. Más adelante jarcierías y almacenes de pasturas; ancho portal en que pernoctaban unos arrieros, y cerca del cual ardía una fogata; luego, la calle anchísima. . . . Allí más animación, más vida; gentes que iban y venían; el alumbrado público, faroles con lámparas de petróleo, que solo servían para dejar que se viese la obscuridad; jinetes que volvían de las haciendas y de los pueblos cercanos; un almacén de ultramarinos, EL PUERTO DE VIGO, iluminado profusamente, centelleando en las botellas, en los frascos y en las latas de sardinas el reflejo de los quinqués; una botica soñolienta, hipnotizada por sus reverberos y sus aguas de colores, la botica de D. Procopio Meconio; delante del mostrador un marchante en espera; detrás un mancebo que hacía píldoras, y en la puerta el dueño, de charla con un amigo.

Al pasar por el Convento reconocí al P. Solís que salía muy tranquilo, embozándose en la capa; dos calles adelante al Dr. Sarmiento, lo mismo que siempre, con levita larga, el bastón bajo el brazo y el sombrero espeluznado caído hacia

la nuca. Por fin. . . ¡la Casa de Diligencias! El zaguán abierto de par en par, personas que aguardaban, mozos dispuestos para cerrar la puerta luego que entrase el ruidoso vehículo.

¡Hemos llegado! El Administrador, un joven cejjunto, de negra y espesa barba, un poquito cargado de espaldas, sale á recibir á los viajeros, seguido de varios curiosos, los cuales, viendo que no han llegado amigos, ni parientes, ni personajes notables, ni muchachas bonitas, se retiran mohinos, haciendo un gesto de contrariedad.

Pronto las mulas quedan desenganchadas. Un momento antes entraban sudorosas, echando espuma, sacando chispas del empedrado; ahora se pasean solas por el gran patio, arrastrando las cadenas, sonando sus cadenas tintinantes.

El ganadero recoge cajitas y bultos chicos, se echa al hombro el zarape, y baja de un salto. Cortés y comedido ayuda á la anciana que no sin dificultades llega á tierra, toda envarada y adolorida. Sigo yo, cargando el abrigo y la exigua maleta estudiantil, y buscando á mis tías. ¡En vano! ¡No estaban allí! Se habrían retardado. . . . Creerían que la diligencia llegaba más tarde. . . . Me dispuse á salir cuando sentí que me tocaban el hombro,

—¡Aquí estoy! ¿Ya no me conoces? ¿No me conoce usted? Soy Andrés.

Era un antiguo criado nuestro que cuando la familia vino á menos dejó la casa y se dedicó al comercio.

—¡Andrés! ¿Tú?

—¡Qué grande está usted!

—No me hables así. ¡De tú! ¡De tú!

El buen viejo, trémulo de emoción, arrasados en lágrimas los ojos, me echó los brazos.

—¡Estás hecho un hombre! ¡Y qué buen mozo! ¡Si el amo viviera!... ¡Si tu mamá pudiera verte!...

—¿Y mis tías?

—No vinieron... Ya sabes: como doña Carmelita está un poco mala...

—¿De qué?—pregunté inquieto.

—Lo de siempre... Los achaques... Anda, que te están esperando. Dame la maletita. ¿No dejas nada?

—No; mañana temprano vendrás por el baúl.

En marcha. A la salida me despedí, muy de prisa, de mis compañeros de viaje.

Andrés no dejaba de verme ni de acariciarme. A cada paso me decía.

—Pero, niño... ¡si estás tamaño!

II

Tomé por calles que conducían á la casa paterna. En ella debían vivir mis tías. Nadie me había dicho lo contrario hasta que Andrés me detuvo:

—¿A dónde vas? ¿Ya no conoces tu tierra?

—A casa.

—Si ya no viven donde antes.

—¿Pues dónde?

—Por aquí...

Echándome el brazo me impulsó á seguir por una callejuela.

—¿Cuándo mudaron de casa?

—¡Uh! ¡Hace tiempo! Como vendieron la casita... Yo les dije que no lo hicieran; pero fue preciso...

Estas palabras del antiguo servidor de mis padres fueron para mí como un rayo de luz. Todo lo comprendí. La situación de mis tías era, sin duda, por extremo precaria. Ahora me daba yo cuenta de la tristeza que informaba sus cartas; ahora estimaba yo en lo justo la magnitud de sus afanes y de sus sacrificios.

Andrés prosiguió:

—Están muy pobres. No han querido decirte nada para no afligirte. ¡Las pobrecitas te quieren mucho!

—¡Que si me quieren! ¡Vaya!

—Nada les digas. Veremos á ver por dónde salen. Para tu gobierno: ya no pueden seguir dándote la mesada. Las ayudo cuanto puedo, pero ya comprenderás que no les doy mucho; los tiempos están malos, muy malos; no se gana un peso... Sin embargo, si quieres, haremos un esfuerzo, cueste lo que costare. ¿Tienes que estudiar mucho todavía? Pues si no es mucho, si no es mucho alcanzará. ¡Aunque me quede sin nada! Al fin, para lo que yo he de vivir! Al fin no hago más que pagar lo que á los amos les debo...

Y sin dejarme contestar pasó á otra cosa.

—Pero, niño... ¡si estás tamaño! ¡qué grande! ¡qué buen mozo!

Detúvose delante de una casa de pobre apariencia. Asíó el llamador, y

—¡Tan! ¡Tan!

No tardaron en abrir. Apareció una joven que me miró con insistente curiosidad.

—Entren...—dijo.

—¡Doña Carmelita!—gritó Andrés, entrando, —¡Doña Carmelita! Aquí está el niño! ¡Muy grande! Y... ¡muy formal!

No sabía yo por dónde dirigirme. Llegaron á mis oídos voces conocidas, sonó en la cerradura de la puerta contigua ruido de llave, y salió mi tía Pepa, tendiendo los brazos.

—¡Muchacho! ¡Muchacho! Mi Rorró, ven, ven para que te abrace!

Estrechándome, repetía con su locuacidad de siempre:

—¡Niño de mi alma! ¡Si estás tan alto que no te alcanzo! Entra para que te veamos.

La emoción la ahogaba. Me besó en las mejillas, como si fuera yo un chiquitín. Estaba llorando. Me dejó húmedo el rostro.

—Entra para que te vea Carmen!—Y agregó sigilosamente, agarrándome de un brazo:—La pobrecilla está muy malita, muy malita. Te vas á entristecer al verla. No te lo hemos dicho para

que no perdieras la tranquilidad en tus estudios. El Doctor Sarmiento dice que no tiene remedio; pero que la cosa va larga; vivirá así, tullida, más ó menos, pero que eso de sanar, sólo por milagro.... Pero mira, mira, tengo mucha fe en la Santísima Virgen. Entra, Rorró, entra. La pobre Carmen se va á poner tan contenta. Todito el santo día ha estado diciendo: «¿Por dónde vendrá mi señor don Rodolfo? ¿Por dónde vendrá? ¡Dios quiera y no le pase una desgracia!»

Entramos en la salita. ¡Qué pobre y qué triste! De una ojeada, á la luz de la vela que traía la joven que nos abrió la puerta, aprecié lo que encerraba: algunos muebles vetustos; sillas seculares de alto respaldar y garras de león, resto de antiguos esplendores domésticos; dos rinconeros con sus nichos de hoja de lata; un sofá tapizado de cerda.

En la pieza siguiente, cerca de la ventana cerrada, yacía la enferma sentada en su sillón de vaqueta, envuelta en grueso pañolón de lana. En la cabeza tenía un pañuelo blanco, atado bajo la barba.

—¡Rodolfito!—exclamó con acento débil—¡Rodolfito! Ven, dame un abrazo; mira que no puedo levantarme!

Llegué á su lado y me incliné para estrechar-

la contra mi pecho y darle un beso en la frente. Tenía los ojos arrasados de lágrimas. Apenas podía hablar. Levantó el único brazo que tenía expedito, y me acariciaba con dulzura infantil.

—Aquí, á mi lado! Siéntate aquí, mientras te ponen la cena. ¿Tendrás hambre, no es cierto? Se come muy mal por esos caminos. Pepa, Pepa! Pon la vela aquí, cerca, para que vea yo bien al señor de la casa.

Tía Carmen arrimó la mesita, en la cual, en un candelero de latón, ardía con luz rojiza una vela de sebo. Como no me viese á su gusto, insistió impaciente:

—¡Ya te dije que más cerca!

Obedecióla. Me senté á su lado. Andrés y tía Pepa permanecían de pie delante de nosotros. Desde la puerta, que daba paso á las habitaciones interiores, la joven nos veía. Era alta y esbelta; vestía de blanco, y me pareció de singular hermosura.

La enferma secó sus lágrimas. Siempre fué adusta y severa; jamás lisonjeaba, nunca tenía una frase dulce y afable. La enfermedad había quebrantado aquel carácter entero, férreo, como de una pieza. Ahora tenía ternuras y delicadezas que conmovían profundamente.

—¡Vamos, ya te veo á mi gusto! ¡Jesús! ¡Qué guapo que estás! Mira, Pepa, mira: ¡ya tiene bigotito! ¡Enterito á su abuelo!

Su voz era débil y apagada. Como si el pensamiento la abandonara para volar hacia las regiones de ultra-tumba, quedóse la anciana silenciosa, fija en el suelo la mirada. Después de un rato prosiguió, sonriendo dolorosamente, con esa sonrisa de los ancianos próximos á morir:

—¿Cómo me encuentras, hijo? Mal, verdad? ¿Te acuerdas? Antes tan fuerte, tan activa! ¡Estaba yo en todo! Ahora, aquí me tienes, como presa, como si tuviera yo grillos... ¡peor que si los tuviera! Aquí me tienes, clavada en el butaque, sin poder dar un paso; sin poder ayudar á tu tía. La pobrecilla, que no pára! Y yo que en nada le aligero el trabajo; antes, al contrario, le doy quehacer. ¡Estos nervios, hijo! Don Pancho Sarmiento, (es muy bueno con nosotras, si vieras!) dice que todo lo que tengo es cosa de los nervios. Nervios, nervios, y ello es que á mi se me van las fuerzas más y más cada día!...

Cuando dijo esto me hizo una señal de inteligencia, como indicándome que la engañaban, que ella no creía nada de cuanto le decían acerca de su enfermedad.

—Que te pongan la cena. Mientras hablaremos de otra cosa. Para cosas tristes, tiempo habrá.

Procuré tranquilizarla. Le referí mil casos de enfermedades nerviosas que tenían aspecto de gravísimos males, y que con el tiempo y el cuidado habían desaparecido, dejando á los pacientes buenos y sanos.

Pareció convencida y, volviéndose á mí, me dijo sonriendo:

—Te habrás paseado mucho. Vas á ver esto muy triste. Tendrás razón, hijo; aqui nadie se mueve; todos viven como cansados, como abrumados de fastidio. Saliste bien de tus exámenes, ya lo sabemos! Nos lo dijo Ricardito Tejeda la noche que vino á visitarnos. El pobrecillo te quiere mucho. Nos contó que tenías mucho miedo. Nosotras rezamos por tí; Pepa fué á misa ese día, y yo le encendí una lamparita á San Luisito, á tu San Luisito, para que te sacara con bien.

Y dime ¿te entregaron el dinero que te mandamos para el traje? Ya sabemos que sí; pero te lo pregunto por saber si te lo dieron á tiempo.

—Sí; y por cierto que sentí mucho que ustedes hicieran ese sacrificio!...

—¡Ah muchacho! ¿Ya vienes con lo del sacrificio, como en todas tus cartas? ¡Qué sacrificio!

—No, tía, pero . . .

—Era preciso que te presentaras bien. Por fortuna en esos días recibimos un dinerito, el de la casa. ¿Ya sabes que la vendimos?

—Sí;—contesté—creo que me lo escribieron.

—Tú dirás: ¡estaba ya tan vieja! En reponerla se hubiera gastado más.

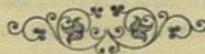
Comprendí que trataban de engañarme, de hacerme creer que vivían cómodamente.

—Mira, Pepa: que le pongan á éste la cena. ¡Se come tan mal por esos caminos! . . .

Mi tía, la joven y Andrés se retiraron al comedor. No tardaron en llamarme. La joven se presentó diciendo:

—Que ya está la cena . . .

Acaricié á mi pobre tía, y pasé al sitio donde me esperaban. Las buenas señoras quisieron tratarme á cuerpo de rey, y sin embargo, ¡qué cena tan modesta y tan triste!



III

Cerré la puerta, dejé en la mesa la brillante palmatoria, y de un soplo apagué la bujía.

De codos en el alféizar me puse á contemplar el cielo. Los vientos otoñales habían extendido en pocos minutos negro manto de nubes, uniformemente oscuras, y sólo en un punto ralas y tenues, hacia el Oriente, donde á través de blancos velos dejaban adivinar las más altas regiones del éter, los océanos superiores del aire, limpios, surcados por mil celajes voladores. Oíase el ruido lejano de la lluvia. Las plantas del jardincillo se balanceaban rumorosas. Las adelfas columpiaban sus tallos flexibles; los floripondios mecían en la obscuridad sus campanas de raso, y en la espléndida copa de un naranjo las prime-

ras gotas, gruesas y resonantes, caían con impetu extraordinario, precursoras de un largo aguacero.

Estaba yo en la casa de los míos. Pero ¡ay! qué triste aparecía ante mis ojos. No era aquella casita la casita alegre y risueña que me vió nacer, que albergó mi niñez y que me vió salir de allí bañado en lágrimas. ¡La casa de mis padres era ajena! ¿Quiénes la habitaban? Acaso quien no era capaz de amarla y de estimar sus bellezas. Allí murieron mis padres, dejándome en la cuna; allí el abuelo se durmió trauquilamente en el Señor; allí corrió mi vida regocijada y venturosa. ¡Con qué pena dejarían mis tías aquella casa, centro de todos sus afectos, relicario de los más dulces recuerdos! Me la imaginaba, y mis ojos se llenaban de lágrimas. Bien visto, estaba solo; las buenas ancianas pronto emprenderían el eterno viaje, y me quedaria yo abandonado en un mundo que me causaba miedo.

La lluvia arreciaba. Truenos lejanos, pálido fulgurar de relámpagos distantes, anunciaban que la tempestad invadía la cordillera. El agua caía á torrentes. En el naranjo aleteaban los pájaros, amedrentados al sentir inundado su nido. Una mariposa nocturna pasó rozándome la frente.

Encendí la bujía y cerré la vidriera. Allí estaba mi lecho de niño: la camita de hierro con sus blancas colgaduras, y por la cual había yo suspirado tantas veces en el frío y desolado dormitorio del colegio. Allí estaba el aguamanil provisto de todo, con su toalla tejida por la tía Pepa. Junto á la cama, arriba del buró, el cuadro de San Luis Gonzaga. Enfrente, sobre la cómoda, el retrato del abuelito. A un lado un estante lleno de libros, y cerca de la ventana el pupitre del escolar, el negro pupitre de estudiante, compañero cariñoso del niño, confidente de sus amarguras, casi testigo de sus triunfos, mudo depositario de sus esperanzas. Allí había colocado la mano discreta de la tía mis primeros libros de estudio, conservados cuidadosamente en la familia; desde el Catecismo de Ripalda y el Fleury, hasta la Gramática de Iriarte, aquella gramática atiborrada de malos versos, que puso en mis manos D. Basilio, el eterno alcalde de Villaverde, una noche inolvidable, la noche del reparto de premios.

Abrí los libros. Aun conservaban en sus guardas la caricatura del maestro, D. Román López, *el pomposísimo Cicerón*, como le llamábamos

porque nunca hablaba del orador de Túsculo sin aplicarle rimbombante epíteto, y, legibles todavía, notas, significados de inusitadas voces, sólo usadas de tal ó cual poeta; listas de condiscipulos condenados á ser detenidos dos ó tres horas, por no haber acertado con no sé qué dificultades horacianas.

¡Felices tiempos aquellos! ¡Cómo varían las cosas! ¿Dónde están las alegrías de aquella época? ¿Dónde los infantiles regocijos? ¿A dónde se fueron las ilusiones rosadas, las mariposillas de la infancia? Ahora todo ha cambiado; no hay sueños para el alma; la frente, antes soñadora, tiene ya la palidez del primer dolor; ya probé las amarguras de la vida, y sé que sus dejos se quedan en los labios para siempre.

En uno de los libros, al abrirle al acaso, tropezaron mis ojos con un nombre de mujer: ¡MATILDE! Así, entre dos admiraciones, como un grito de alegría, como la expresión de la más dulce esperanza, como la confesión de un afecto sofocado en el pecho, que un día se nos escapa irresistible y delata ante la malicia estudiantil, ante la cruel y dura indiscreción de los condiscipulos, que una mujer de ese nombre tiene en nuestro corazón un altar, donde recibe culto y ho-

menajes; donde sólo ella reina, señora de todo afecto puro, dueño de todos los pensamientos, soberana de nuestro albedrío. Y me pareció mirar una niña pálida y rubia, esbelta y graciosa, de grandes ojos de color de violeta; una niña en cuyo semblante puso el cielo angelicales bellezas, que ataviada gallardamente con rica veste azul, corta la falda, dejando ver unos pies brevísimos, pasaba y huía, é iba á perderse entre la sombra que proyectaba en el muro el blanco lecho: la dulce niña objeto de mi primer amor, de ese amor primero que embalsama con su aroma de azucenas la más larga vida, toda una existencia.

No pude contenerme, y llevé á mis labios aquel libro, aquella página, aquel nombre que no gusto de repetir, aunque resuena en mis oídos como celeste melodía; que está grabado en mi corazón; que no se aparta de mi mente; que para mí expresa todo cuanto hay de tierno y puro y santo aquí en la tierra.

No le olvido ni le olvidaré; quizás porque de niño le escribí tantas veces, á todas horas, en todas partes, en los libros, en los cuadernos, en cualquier papel que tenía yo cerca, cuando en mis manos había un lápiz ó una pluma. Nombre

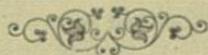
escrito en las arenas de la ribera; en las cortezas de los árboles; en la bóveda azul las noches consteladas, trazándole con el pensamiento, como sobre una pauta, de estrella en estrella, para verle extendido por los espacios ilimitados, irradiando en divina canopea.

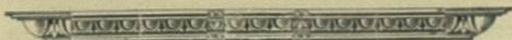
¡Cómo me río ahora, al copiar estas páginas, de mis romanticismos de entonces! ¡Cómo me burlo de aquellos raptos amorosos, de aquellos éxtasis quijotescos! Pero ¡ay! no lo hago impunemente; que me hieró en el pecho, me desgarró el corazón como si me arrastrara yo sobre él un haz de espinas. Y sin embargo, aquello era una locura, un delirio de loco. Aquella vida siempre dada al ensueño, siempre mecida en los columpios de la fantasía, alimentada y nutrida con platillos lamartinianos, era desviada, acaso pernicioso; pero ¡ay! tan bella, que cada hora suya se me antojaba como el canto de un poema sublime cuyas delicadezas y excelsitudes nos arrancan de esta pobre vida terrena y nos llevan a vivir en un mundo ideal; me parecen como una sinfonía adormecedora, algo como la música de los grandes maestros, así como de Mozart, Beethoven ó Wagner, que nos saca de la penosa y prosaica vida material y por breves horas nos

hace felices, aniquilando en nosotros todo dolor, todo fastidio.

El cansancio me tenía rendido; el estropeo del viaje en la malhadada diligencia me había magullado de pies á cabeza, y principié á sentir el desmayo precursor del sueño. A los diez y siete años siempre se duerme bien. Ni tristezas domésticas ni el recuerdo de venturas desvanecidas nos quitan el sueño. La cama albeaba en un rincón; el cariño velaba cerca de mí, y el aguacero con su ruido monótono me arrullaría dulcemente. ¡A la cama! Un soplo... ¡Pff! Ahora, como dijo Bécquer:

¡A DORMIR Y RONCAR COMO UN SOCHANTRE!





IV

No sé á qué hora desperté. Desconocí el sitio en que me hallaba, me volví del otro lado y seguí durmiendo hasta las ocho de la mañana. No quisieron, sin duda, despertarme, para que me desquitara de las desmañanadas del Colegio.

—¡Que duerma hasta que quiera!—dirían las buenas señoras.—Harto habrá madrugado en diez años de encierro.

La luz que se filtraba por las junturas del techo y por las hendiduras de la ventana, alegre y regocijada me hizo dejar el lecho. Fuera resonaba la escoba cantante de una barredora inteligente, cantaban pajarillos y cacareaban las gallinas. Un gallo ronco lanzaba, de tiempo en tiempo, su canto de ensoberbecido sultán.

Presentía yo hermoso día, uno de esos inolvidables días que dan á las almas de los niños festivo buen humor; uno de esos días que convidan á sacudir el yugo escolar para irse por los campos á tenderse bajo los álamos del río, cabe las ondas murmurantes, cerca de las piedras cubiertas de musgo, lejos del dómine cetrino é irascible, lejos de las coplas del Iriarte, de las discusiones del Foro y de las catilinarias terríficas; día de los más bellos para *salar*. Me olvidé de mi edad, me imaginé que tenía siete años, me persuadí de ello, y me dije:

—Lo que es hoy, me desayuno, y dejo al *pomposísimo* don Román con sus odas y sus églogas. ¡Allá se las avenga! Ahora... ¡Al cerro del Cristo, á las dehesas del Escobillar, á cortar guayabas en las sabanillas que bordan las orillas del Pedregoso!

Y, dicho y hecho, en pie. Pronto estuve listo. No procuré cambiar de traje, y me puse el muy empolvado de la vispera, que me olía á lo que huelen los caminos de la Mesa Central, á sequedad y tierra estéril. Cuando entré en el comedor, —¡qué comedor!— una pieza de seis varas cuadradas, mi tía Pepa, muy risueña y parlera, me esperaba sentada á la mesa.

—¡Por Dios, Rorró! ¡Quieres que me dé un ataque! Son las nueve, y aquí me tienes, sin probar bocado, en espera del caballero, mientras éste duerme como un marqués. Carmen no ha dormido en toda la noche, pensando en tí, muy contenta de haberte visto. ¡Tiene tu tía unas cosas! Dice que pronto liará el petate; que ya viniste y que, tal vez, eso nada más espera Dios para llevársela. Así sucede todos los días; siempre amargándonos la vida con tristezas, siempre haciéndonos llorar! Pero ¡vaya! á todo esto ni quien piense en el desayuno... Señora Juana: aquí estamos ya! ¡El chocolatito! Tú tomarás café con leche, ¿no es eso? Ustedes los muchachos no gustan ya del chocolate; dicen que es antigua. Yo, hijo, como tu abuelo, chocolate y nada más; chocolate bueno, eso sí. Mira, Rorró: á eso sí no puedo acostumbrarme, al chocolate malo. ¿Comes algo? Dilo, muchacho, que para eso estás en tu casa! Señora Juana: á ver qué le hace usted á Rodolfo... ¡Hay que chiquear al niño!...

La buena de mi tía no me dejaba hablar. Suelta de lengua, viva, ingeniosa, era difícil cortarle el hilo una vez que principiaba á hablar. No bien pidió el almuerzo, siguió diciendo:

—¿Ya sabes que está con nosotros una joven?
¿No la viste anoche?

—Creo que sí. . . .

—¡Muy buena! ¡Muy buena! ¡Como un pan de gloria! Y te quiere mucho. . . . Parece que te conoció desde que eras así. ¿Te acuerdas qué traveso? ¿Te acuerdas de cuando rompiste el juego de café de tu tía Carmen? Me parece que te veo: te fuiste á esconder en la bodega. De allí te sacamos para que vinieras á comer, y viniste pálido y lloroso. ¡Tú dirás! Por unos cacharros cualesquiera. . . . Eran de China, y muy bonitos; pero qué importaba! Todavía se acuerda de ellos tu tía! ¿Por qué te sonrojas? ¡Vaya, hijo! ¿Todavía tienes miedo de que te castigue tu madrina?

Efectivamente, el recuerdo de aquella diablura me sacaba al rostro los colores. Se trataba de un precioso servicio de café, de legítima procedencia chinesca, que mi abuelo compró en un puerto del Pacífico, á bordo de un navío inglés que volvía del Celeste Imperio. Era el encanto de la casa. Un día, jugando á la pelota, ¡chás! quedó hecho pedazos.

—Pues bien, como te iba yo diciendo:—prosiguió mi tía,—es muy buena muchacha. . . . y te

quiere mucho! Las últimas camisas que te mandamos las hizo ella, y ¡con qué cuidado!

—Dígame usted, tía, ¿quién es esa joven?

—Ahora te diré!—é interrumpiéndome, gritó:

—¡Angelina! ¡Angelina! ¡Ven acá!

Y continuó, dirigiéndose á mí:

—Está con Carmen. Si tú vieras: es muy hábil para todo, muy hacendosa, ó, como dice, señora Juana, *muy mujer!* Es la alegría de la casa. Parece un pajarito que á todas horas está cantando. Nos tiene un cariño, un amor. . . . que. . . ¡Si te digo que parece de la familia! ¡Qué cuidados con Carmen! Es muy viva, muy sabia; escribe que es un encanto! Ya conoces su letra; ella escribe cuando yo estoy con la jaqueca. La pobrecita ha sido muy desgraciada. ¡Dios le dé un buen marido! . . .

—Pues. . . . pídirselo á San Antonio!

—Lo merece, hijo, lo merece.

—Ya tendrá novio, ¿verdad, tía Pepa? O, por lo menos, sus amartelados. . . .

—¿Qué? ¿qué dices?

—Que ya tendrá novio. . . .

—¿Novio Angelina? ¡Por Dios, Rorró! ¡Qué otro vienes!

Y en tono dulce y suplicante agregó:

—¡Ay, Rorró! ¡No hagas malos juicios de las personas!...

En aquellos momentos llegó la joven. Timida y cortada se detuvo en el umbral; bajaba los ojos, y al parecer distraída jugaba con la punta del delantal.

—¿Me llamaba usted, doña Pepita?—dijo.

—Sí,—respondió mi tía,—para que conozcas al sobrino. ¿No deseabas conocerlo? Pues aquí lo tienes. Ya lo ves.

La doncella murmuró una excusa. Mi tía continuó, dirigiéndose á mí:

—Aquí tienes á la que, con esas manecitas, te hizo las camisas que te gustaron tanto; la que bordó aquellos pañuelos que te mandamos de cuelga el día que cumpliste diez y siete años; ¡Mentira parece! Y quien te conoció, así, chirri quitín, que cabías en un azafate!...

Elogié las habilidades de Angelina. Ésta, con fusa y contrariada, no alzaba los ojos para verme.

Mientras señora Juana ponía delante de mí el café, el pan, la mantequilla, y no recuerdo que más, y en tanto que la tía Pepa me servía, admiré á la joven. Era alta, esbeltísima y arrogante; había en ella esa externa y encantadora debi-

dad de las personas sensibles y delicadas que reside en todo el cuerpo y que se revela en todos los movimientos. Su rostro era de lo más distinguido. Pálida, con palideces de azucena, aquella carita fina y dulce se hacía casi mármorea por el contraste que producían en ella lo negro de los cabellos y lo espeso de las cejas. Permanecía con la vista baja, con cierto aire gazmoño, sí, gazmoño, que no me causó buena impresión. ¿Cómo hacer para que me dejara ver sus ojos?

—Vea usted, vea usted, Angelina,....—dije precipitadamente,—ese pajarito que está bañándose.

Volvió el rostro, levantó la cabeza, y miró hacia la jaula.

—¿Ése es el que ha estado cantando?

—¡Ése!—contestó, volviéndose á mí.

¡Qué hermosa! Ojos negros, luminosos, húmedos; nariz delgada, fina, correctísima; boca agraciada; mejillas en las cuales se dibujaban apenas lindos hoyuelos, que más acentuados, al reír la joven, serían encantadores.

—¡Buen cantante!—díjele, mirando al pajarillo.

—Le molestaría un poco. Desde muy temprano se suelta cantando. A veces,—agregó, haciendo un mohín risueño,—está insufrible!

Pude gozar entonces de la belleza singular de aquella boca, de aquellos labios rosados que dejaron ver, al plegarse dulcemente, una dentadura irreprochable.

Mi tía Pepa se entretenía con el chocolate, y yo me servía en una rebanada de pan la fresca é incitante mantequilla.

La anciana, como si quisiera establecer entre nosotros una corriente de reciproca simpatía, exclamó después de engullirse una sopa.

—Oye, Angelina: Rodolfo está muy contento de las camisas que le mandamos, y dice que nadie las hará mejores. Elogia mucho las marcas de los pañuelos, y. . . .

—¡Ay, señor!—murmuró la joven, trémula, y levemente sonrojada.

—Y dice también. . . .—prosiguió la santa señora, en un arranque de indiscreta sencillez,—dice. . . . que. . . .

Comprendí la inconveniencia de mi tía, y la interrumpí.

—Tía, ¿qué tal, está bueno el soconusco?

Pero ella no me oyó, ó no quiso oirme.

—Dice que sí ya. . . .

—¡Tía!—exclamé sin poderme contener—¡Eso no debé decirse!

—¡Adiós! ¿Y por qué no?

—Porque nó.

Angelina, turbada, nos veía con penosa curiosidad.

—¡Qué tiene eso! Dice que si ya tienes novio.

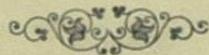
La doncella se estremeció de pies á cabeza, se encendió como una amapola, y bajó los ojos avergonzada.

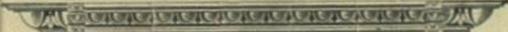
—No! . . . no! . . . —repitió entre dientes.

—Ya lo ve usted, tía. ¡Qué malos ratos le hacemos pasar á esta buena niña! . . .

Oyóse el repicar de una campanilla. Tía Carmen llamaba. En esto encontró la doncella su salvación.

—Usted perdone. . . .—dijo—la señora necesita de mí.





V

Arrodillado delante de la enferma conversé largo rato. La pobre anciana, aunque dulce y cariñosa, en realidad fué siempre áspera y severa, acaso agria. Contábase en la familia, que en su primera juventud se distinguía de mi madre y de mi tía Pepa en lo festivo de su conversación, en lo dulce de su trato. Alegre y bulliciosa, muy dada á fiestas y saraos, encanto de toda buena sociedad, á los veinte años se tornó silenciosa, reservada, melancólica. ¿A qué se debió tal cambio? Ello es que la Carmelita, (así la nombraba el abuelito,) renunció á los espectáculos, moderó su lujo en el vestir, se apartó del trato de sus compañeras, y engrosó las filas de las sol-

teronas, innumerables en Villaverde. Pero no era como ellas, murmuradora y amiga de censurar á toda bicho viviente, vicio de cortijos y poblachones, donde no se vive más que para espiar á los vecinos y relatar diariamente cuanto éstos hacen ó dejan de hacer. En mi tía Carmen no arraigó la murmuración ni halló tierra propicia la maledicencia, acaso porque á la nobleza de su alma repugnaba todo lo bajo y miserable. Por lo contrario, en todas ocasiones salía en defensa del ausente, desgarrado en su buen nombre por las tijeras del gremio solteril. De aquí qué todos la quisieran y la respetaran; de aquí, sin duda, que nadie, ó muy pocos, gustaran de penetrar en los misterios de aquel cambio de carácter, para ninguno inadvertido; que más que tal era resultado de una resolución hija de una voluntad inquebrantable y firme.

Se dijo,—así me lo contó una vez D. Basilio,—que todo provenía de un desengaño amoroso. Tía Carmen no tuvo, como todas las muchachas de Villaverde, muchos novios. Para la festiva y bulliciosa señorita el amor era cosa muy grave y muy seria, con la cual no debía jugarse, sino algo, único en la vida, que se alcanza vivo, noble, duradero y dichoso; que asegura la felicidad ó re-

sulta malogrado, pasajero é infeliz, y al cual todo corazón bien puesto, toda alma elevada debe permanecer fiel en todos los instantes de la vida, hasta la hora de la muerte. Fué el caso,—responda de la historia el señor alcalde,— que mi tía residió en Pluviosilla varios años, á la sazón que mi abuelo desempeñaba allí un importante papel político. Como era natural, no le faltaron á la tía Carmita muy finos galanes, donceles amartelados que no la dejaban ni á sol ni á sombra; que desde la esquina le hacían unos osos fenomenales; que la seguían á todas partes, lo mismo á las distribuciones piadosas en la iglesia de San Francisco, que, todos los domingos, á la misa de diez en el templo de San Juan de la Cruz, que era, en aquel antaño, la preferida de todas las muchachas lindas y en privanza, como ahora, en estos felices días, la misa de ocho en Santa Marta.

En un paréntesis agregaba el señor alcalde, que mi tía era uno de los palmitos más codiciados de la piadosa y próspera Pluviosilla. Y no lo dudo: en la familia se conservó, durante muchos años, una miniatura hecha en Jalapa por Castillo, una miniatura, que, al decir de mi abuelo, era de mérito singular; en la cual aparecía la Carmi-

162000(103)

ta con una hermosura y una cierta majeza, dignas del pincel de Goya. Majeza y hermosura que nada tenían de ordinario, vulgar y provocativo; cierta gracia andaluza, sevillana, que robaba las miradas y cautivaba el corazón.

Había que verla en aquel retrato: amplio el escote; corto el talle; desnudo el torneado brazo; ricillos en las sienas; rica, donairoso mantilla, y ladeada peineta de boca de olla; ni más ni menos que la reina doña María Luisa! ¡Con razón los pisaverdes y lechuginos de Pluviosilla se bebían los vientos por mi hechicera tía!

Sucedió lo que tenía que suceder, (aquí entra lo más importante de la historia del señor alcalde), que un gallardo capitán, guapo, discreto, elegante como el que más, logró clavar una saeta en aquel corazoncito de roca, y consiguió que la rubia Carmita pusiera alma y vida en tan brillante y codiciado oficial. Hallósele éste en un sarao; bailó con ella una contradanza y una ceremoniosa cuadrilla, declaróle su atrevido pensamiento, y la señorita dijo, terminantemente, que estaba dispuesta á dar la blanca mano á su admirador, siempre que el afortunado galán (que la escuchaba atusándose el audaz bigote,) se dirigiera, como hacerlo debe todo caballero de altas pren-

das, al jefe de la familia, al señor mi abuelo. El galán, á quien abonaban no sólo particulares prendas sino también nobilísimo abolengo, habló á su jefe, y con toda solemnidad pidió la mano de la señorita. Todo se arregló á maravilla; disponíase ya la boda cuando estalló en el Interior un pronunciamiento. El regimiento tuvo que salir de Pluviosilla, y el matrimonio quedó aplazado. De todo esto nada se sabía en la ciudad. La familia hizo de ello un misterio, y los murmuradores se contentaron con repetir que el capitán Fuenleal estaba loco por mi tía, pero que ésta, envanecida y orgullosa de su hermosura, jugaba con el corazón de su amartelado, sin dejarse coger en las amorosas redes, sin dar prenda que la comprometiese más tarde. Pasaron los días, los meses y los años, y nada supo Pluviosilla del capitán Fuenleal. Unos contaban que había muerto en campaña, después de batirse como un héroe; ótros que pereciera en un duelo á que le llevó una aventura escandalosa; quiénes, que se había casado en Guadalajara con una rica heredera; quiénes que estaba procesado por un delito que la Ordenanza castiga con pena de muerte. Hasta que un día la rubia Carmita dió en vestir lutos, y lutos fueron por toda su vida. Pa-

rece cierto—así lo asegura don Basilio,—que Fuenleal pereció en un duelo; pero no garantiza que fuera por causas de escandalosos amoríos ni por altos motivos de pundonor militar. Mi tía permaneció fiel á la memoria de su único amor, fiel á su brillante y apuesto capitán.

Esta es la historia de la pobre anciana; á esto se atribuía su cambio de carácter, la melancolía de su rostro, sus vestidos de luto, su acritud y su aspereza aparentes. “Es una rosa,—decía don Basilio,—una rosa que de un día para otro se convirtió en cardo!”

Siempre agría é intolerante conmigo hasta que dejé la casa paterna, hoy, acaso fuera por los sufrimientos de la enfermedad, se mostraba dulce, afable, tierna. Se afanaba en mimarme, se complacía en satisfacer el menor de mis caprichos, y no sabía qué inventar para tenerme contento.

—No, hijito;—decía,—nosotras hemos sido contigo lo que debíamos ser: hemos hecho las veces de madre. Haz lo que quieras; estás en tu casa; eres como el jefe de la familia. Aquí estamos para servirte y obedecerte. Pero qué, ¿vas á salir con ese traje?—agregó viendo el mío empolvado y sin aliño.—No, vístete otro mejor. An-

drés traje ya el baúl! Vístete; sal á pasear, á que te vean. . . .

Y al oirme decir que deseaba yo ir á vagar por los ejidos de Villaverde y por las márgenes del Pedregoso:

—Pero, dime: ¿estás loco? No: eso será otro día! Ahora, ponte elegante, y sal á visitar á los viejos amigos. Ni un día ha pasado sin que pregunten por tí. Visita á don Román, tu maestro; al doctor Sarmiento, que es tan bueno con nosotras; á don Basilio, que te quiere tanto; al señor Fernández. . . . No; á ese nó, porque no te conoce. Es el dueño de la hacienda de Santa Clara. ¡Muy buena persona! Ya irás con Pepa. Ya verás: tiene una hija como una plata! Aquí no le faltan pretendientes. . . . Ya la conocerás. . . . ¿Almorzaste bien? Pues anda, vístete, y sal á pasear.

Hubo que obedecerla. No venía muy provisto el baúl; no había en él mucho con que engalanarme; pero en dos por tres, con ayuda de tía Pepa y de Angelina, saqué la ropa, y pronto me presenté delante de la enferma hecho un veinticuatro.

—¡Eso es, así, como persona decente!—dijo: Tía Pepa y Angelina me seguían. Una me veía

de arriba abajo con aires de satisfacción maternal. La doncella, desde la puerta del corredor, donde los pajarillos cantaban alegremente, me miraba con interés. Cuando yo volvía el rostro, ella fingía componer una planta que lucía en el pretil hermosos ramilletes de encendidas flores.

Ya en la puerta me gritó tía Pepa:

—¿A qué hora vuelves? Te esperamos á comer.....

Al fin de la calle me ocurrió regresar para ir á la casa del dómine. Angelina estaba en la ventana. Sin duda había salido á verme.

Al pasar la saludé. Díjele algo que la hizo sonreír.

¿Qué había en el rostro de la doncella que me trajo á la memoria la angelical figura de Matilde, la dulce niña de mi primer amor?



VI

Villaverde es una ciudad de ocho mil habitantes. Situada entre los repliegues de una cordillera, en valle pintoresco y dilatado, circundada de risueñas colinas y de montes altísimos, Villaverde, como la isla de Calipso, goza de una constante primavera. No agostan calores estivales la mullida grama de sus dehesas, ni los vientos glaciales del Citlaltépetl marchitan la exuberante lozanía de sus florestas. Para ella no hay más que dos estaciones: la que engalana los campos con los dones de Abril, y la pluviosa que renueva los no empaldecidos verdores de las selvas y de las lanuras.

Allá por las últimas semanas de septiembre acaban las lluvias diarias y copiosas, los cielos se